

VESTIDOS PARA CONTAR

Relatos cortos escritos por Daniel Bellón,
David de Ugarte y Juan Urrutia

Índice de contenido

<u>VESTIDOS PARA CONTAR.....</u>	<u>1</u>
MONO DIPLOMÁTICO POR DAVID DE UGARTE.....	3
CRISÁLIDA POR DAVID DE UGARTE.....	6
CAMISETA INDIANA POR DANIEL BELLÓN.....	9
UÑAS DE GATO POR JUAN URRUTIA.....	13

MONO DIPLOMÁTICO POR DAVID DE UGARTE



Quedaba una semana para el *passagium* y aún estaba todo sin atar. Jet lag cultural. En este país los funcionarios usaban el email como si su espacio-tiempo estuviera poblado de agujeros de gusano. Unas veces respondían antes de que la pregunta se formulara. Otras con retraso de meses.

La cola de pasaportes le llevó casi una hora. Tenían el mismo número de funcionarios sellando, ahora que recogían miles refugiados de lujo al día, que diez años antes, cuando emigrar era para los jóvenes el postgrado menos problemático.

Tendría que ir directamente al gobierno de la zona franca. Mandó un correo a Tali, que estaría esperando fuera, para que no se alarmara al no verla salir. Tras el ritual de los arcos de seguridad entró a la sala VIP. Ducha rápida y cambio de imagen.

Los tacones serían demasiado para una ciudad donde los ricos no se compran un segundo coche por no epatar. Alpargatas con plataforma. Negras. Tenía decidido el mono.

Antes, un auténtico baño en protector solar. Tenía las piernas blancas de seis meses de invierno en la meseta ibérica. Nada más glamouroso en una región donde el agujero de ozono era lo único que había crecido sin parar durante los últimos treinta años.

Desengarzó el cinturón de cuero ancho de la verija de los vaqueros con los que había viajado y se lo

colocó bajo, colgando más que ciñendo la cadera. Cuando la genética te dió un metro sesenta, emular altura en una reunión se convierte en la primera habilidad diplomática. Los humanos, especialmente los varones, están programados para asociar poder y centímetros. E iba a dárselos. Mucha pierna, que miraran a los tobillos. Todo bien mientras mantuvieran la cabeza gacha. Así empiezan los buenos acuerdos.

Mientras se alborotaba el pelo frente al espejo le vino a la cabeza un cuadro del Louvre: los embajadores venecianos llegando a Damasco. Bajo el sol abrumador del medio oriente, también vestían de negro. Negro de verdad como entonces no existía en el viejo mundo y que ellos compraban a los castellanos que a su vez lo traían de América. No ha cambiado tanto, pensó.

Cuando tras la nube de remiseros que agitaban cansinamente carteles con nombres bárbaros vió a Tali con un mono negro igual y sandalias altas, ambas sonrieron. Vuelve Venecia.

CRISÁLIDA POR DAVID DE UGARTE



Amanecía tarde en Bruselas. Pocas cosas se le hacían tan desapacibles como el calor seco de los hoteles por la mañana. Solía ser la primera en llegar, aún sin duchar, al desayuno. Una rutina sórdida de diplomático corporativo. Bajaba con la ropa sucia del día anterior y su pequeño portatil de

9 pulgadas. Se colocaba en la primera mesa con el cartoncito de la llave electrónica bien visible en la esquina de la mesa. Odiaba tener que empezar el día dando un número en inglés o francés a un camarero de tan mal humor como ella. Hablar antes del café le rompía la voz para todo el día.

Tras tres cafés y un yogur biológico con bacterias inmunizantes, ya estaba lista para la ducha. Iba sobrada de tiempo. Pensó qué ropa elegir. Los euroburócratas vestían siempre de gris y azul, tristes como sacerdotes de un dios mediocre y reglamentista. Pensó que ponerse una blusa naranja, transparente y asimétrica bajaría sus defensas en la mesa de reuniones. Por debajo sólo unas medias térmicas azul tornasol. Ganar la posicional en una mesa de negociaciones era importante. Cuando mides menos de un metro setenta, no resulta tan fácil conseguir que las miradas graviten hacia ti cuando toca. El color era un buen arma.

Tras dos años de negociaciones y cabildeos esta podría ser la reunión decisiva. La competencia había ido viendo como sus posiciones se

erosionaban ante la presión pública. Como coordinadora del grupo de comunicación de la [filé](#), había convertido cada resistencia contra una regulación socio-medioambiental más fuerte en un argumento de venta para sus propios productos. Alargar los plazos regulatorios sólo había servido a las multinacionales del sector para perder más y más clientes. Con todo, la inercia y la soberbia de los elefantes jerárquicos les había evitado corregir antes.

Se miró en el espejo antes de salir. Las botas altas sobre las gruesas medias le daban unos centímetros extra. El pico naranja de gasa le llegaba hasta la rodilla. Abrió el cuello elástico hasta dejar los hombros al aire. Hoy sería un buen día para la batalla.

CAMISETA INDIANA POR DANIEL BELLÓN

Vaya.

No sé cual llevarme, la blanco roto o este otro color petróleo.

Es verdad lo que me comentaron mis dos colegas de armas. Estos pulóveres se adaptan casi con el pensamiento y esconden lo que no quieras que se vea, desde la panza a una pistola. Y yo barriga no tengo, mucho ojito. En términos estéticos esta función está muy bien, quien lo duda, pero para la gente de mi oficio, además de informalmente elegante, es muy práctica. Me miro otra vez en el espejo. Nadie diría que debajo llevo la funda sobaquera y la pipa.

Es como si no estuvieran. Me doy una vuelta rápida, a ver qué tal. Nada, perfecta. Nanotejidos producidos en la Ciudad Libre de Melilla dice la etiqueta codificada que te deja saber donde se produjeron los tejidos, quien es el diseñador (Cooperativa del Arte de las Cosas, vaya, neovenecianos...), dónde se cosieron y con qué tipo

de hilo... No parece que le esté yendo mal a Melilla desde la independencia...creo que me voy a llevar la petróleo, más a tono con las tareas que suelo realizar. Ya estaba harta de ir con la chaqueta de cuero a todas partes y en toda estación...

Bien, basta ya de tonterías. Tengo un encargo. Un tal *de Ugarte*. edad indeterminada, indeterminado modo de ganarse la vida... lo de la edad es muy raro, porque no cuadra, si lees la nota que me enviaron sobre su carrera da la sensación de que no se trata de una persona, sino de una organización, de algún tipo de grupo de esos que aparecen en todos los fregados como asesores, o asesores de los asesores, prestadores de servicios invisibles pero muy bien pagados. Sugerí a los contratistas la idea del grupo, pero me aseguraron rotundamente que se trata de un tipo, de un solo tipo. Pero si es así debe andar por los noventa años, y entonces algo falla, porque la captura holo que me vino con la ficha indicaba que había sido obtenida hace un mes, y ese rapado de la camiseta negra que aparece ahí no tiene noventa ni ochenta, ni de coña, salvo que haya descubierto la fuente de la eterna juventud, esa

última frontera que mueve cada vez más millones de euros y sólo consigue penosos remedos de vitalidad, y no se lo haya dicho a nadie.

Tampoco me han dicho porqué hay que ultimarlos (me gusta esa palabra, ultimar, cada uno en su oficio debe construir sus propias metáforas...). En todo caso, no es mi problema.

Al salir a la calle la camiseta adaptó su temperatura, se agradece el frescor inmediato. Madrid es un horno en estas fechas...lástima que la funda de la pistola no esté tan avanzada, me pica la correa plástica justo bajo la cinta del sujetador, qué agobio.

No me gusta nada dónde voy. Es un barrio, digamos, poco recomendable, y, aunque posiblemente yo sea la persona más peligrosa en varios kilómetros a la redonda, no apetece sumergirse en el laberinto de calles empinadas y disparejas que quedaron detrás de la Nueva Gran Vía . Soy más de avenidas amplias y bien escaneadas, centros comerciales supervisados profesionalmente por una agencia respetable, en

fin, lo normal. Estas callejas quedaron semienterradas con las obras de las olimpiadas de 2020, apenas quedaron en ellas cuatro tenduchas que no tenían dinero para trasladarse y los locales vacíos fueron ocupados por indigentes o por las tribus más cutres de la ciudad: los mezclados, los punks, los alter... Las tribus potentes comparten edificios de oficinas con las corporaciones transnacionales. De hecho es lo que son. La comunidad binblinera, por ejemplo, que agrupó a todas las sucursales de las maras latinas y las dotó de respetabilidad, son un interlocutor para casi cualquier cosa que se quiera hacer en la ciudad, o los taníes, o los chinos, o la jihad europea contra el ateísmo...

Calle barco... empinada, poca visibilidad, no me gusta. Y mucho menos para vérmelas con una especie de Dorian Gray del siglo XXI... Bueno, es mi trabajo, al menos voy fresca y no tengo calor... pero no puedo quitarme de encima la sensación de que me observan.

UÑAS DE GATO POR JUAN URRUTIA

Son las 7.54 y la costumbre y la dignidad me obligan a abrir un ojo, a encender de un golpe la fosforescencia del despertador programado para las 7.55 (también por dignidad) y a continuar la guerra sin cuartel que libro contra esas dificultades neurológicas que me acechan sin piedad y me exigen cinco minutos para repasar en mi cabeza la agenda del día que ayer redacté en un folio antes de apagar la luz de la mesilla de noche exactamente a las 23.55. Hago un esfuerzo, que ya está comenzando a ser rutinario, y de manera sistemática me pregunto si es el que ahora comienza un día de corbata o de trapillo. Pero eso es solo el comienzo pues se trata de todo un árbol de decisiones. Si el día es de corbata todavía tengo que decidir si las tareas que me asigno por vaguedad disfrazada de entusiasmo me exigen, por respeto al prójimo, un terno de impecable corte o una simple chaqueta sport conjuntada con los pantalones, grises si la chaqueta es azul para acomodar una corbata de seda a rayas azules claras y oscuras, o

beiges claros que admitirían una chaqueta de punto verde lo que rara vez ocurre ya que esa chaqueta Bell es muy difícil de combinar con zapatos y calcetines. Esa es la ventaja del gris y azul, que no tengo que pensar pues los zapatos Churches con calcetines azules de Fil d'Écosse se imponen solos.

Ese día formal es, desde luego, el fácil para una persona de mi edad que lo único que nunca ha querido, al menos hasta hoy, es llamar la atención de la kioskera que regenta el establecimiento en donde todas las mañanas compra el Financial Times no sin antes echar un vistazo al horóscopo del ABC desde el que la adorada Karin Sylveira lleva un año usando a Urano para sostenerme frente a esa depresión que se fue apoderando de mí y todavía me carcome aunque lo que pasó pasó ya hace mucho tiempo. No es que apague el despertador antes de que suene por no despertarle a ella pues ya nadir duerme a mi lado. Lo que ocurre es que la única manera de no llorar cada mañana es aferrarme a esa rutina prusiana para no sucumbir a ese deseo de no levantarme que me ataca especialmente esos días que, tal como recuerdo de

los planes que el día anterior escribí, me exigirían una actitud y una vestimenta más desenfadada, casi incompatible con la corbata, pero que, para no hacer el ridículo a los ojos del cancerbero del portal que se abre al kiosko, me obliga a hacer malabares con unos jeans, claramente inadecuados para mi edad, y con una camisa de tonos azules y una chaqueta que a mí me parece de payaso pero que ella me la jaleaba entre risas. Pero rara vez me decido del todo antes de afeitarme- con maquinilla, nunca eléctrica- y con espuma, nunca crema-, abrir el chorro de la ducha para que el agua vaya calentándose mientras me cepillo los dientes durante exactamente 2 minutos y medio y meterme en la ducha sin necesidad de desnudarme pues desde aquel día duermo totalmente desnudo bajo una impoluta sábana blanca.

Tampoco la ducha en sí puede ser dejada al azar puesto que, justo después de frotarme enérgicamente, es necesario que la temperatura del agua haya empañado la mampara de la ducha hasta poder dibujar sobre ella los signos cabalísticos que me permitirán resistir con entereza un día más esta

tristeza mortal sembrada de pequeños recados y encomiendas de amigos y de la distracción de ese simple trabajo de corrector que me obliga a seguir comiendo y cenando frugalmente para no dejar plantado a ese amigo que no me abandonó cuando ella se desvaneció. Primero es esa firma rimbombante que permite acomodar debajo de la jota mayúscula -me llamo Juan- de mi nombre un esquema de un solo trazo que me recuerda al Keynes desmadejado y pensativo ya arreglado y reluciente. Luego llega el perfeccionamiento imposible de la arroba que dura sin disolverse tanto más cuanto más caliente esté el agua. Finalmente, cuando casi no puedo resistir la quemazón, y de un golpe seco de muñeca, lanzó un reguero de agua casi hirviendo sobre la mampara empañada de una manera tal que aparecen fulgurantes las huellas de las uñas de mi gato al que odio pero del que no puedo prescindir. Cada una de las diminutas huellas muestra un talón ocre transparente y una uña plateada.

Todas juntas me señalan la salida de la ducha un segundo antes de que mi pecho pase del rojo

escarlata al negro quemado. Ellas me indican el camino a seguir ese día desde ayer programado, pero que se puede torcer si de repente pienso que las tareas no son tan serias como para la corbata con blazer ni tan informales como para exhibir los pelillos del pecho con una simple camisa blanca deshilachada en el cuello. Confieso que, a no ser que las húmedas huellas de gato me lo prohiban, tiendo a usar esa camisa blanca con iniciales, única reliquia de mi boda y que, en días como hoy en los que confundo el apetito con la delgadez, me pongo en un intento inconsciente de dar el pego y sentirme capaz de solicitar los servicios de cualquiera de esas jóvenes y cariñosas mujeres que merodean por el Tribeca madrileño cercano a la Gran Vía. A veces le pido a una de ellas con pinta de marroquí que me acompañe a mirar los escaparates de las extrañas tiendas de ropa gótica que comienzan a proliferar y en alguna ocasión he llegado a acompañarle a que se pruebe alguna prenda haciéndome la ilusión de que igual eso me levantaba el ánimo.

Justamente hace unos pocos días y entre la ropa de mujer de la tienda de estos jóvenes raros recién llegados al barrio, encontré una especie de casaca de gaucho de piel de llama diría yo (y que resultó ser una chaqueta de maestro samurai) que si no es una prenda masculina lo parece. Pero lo mágico de este encuentro casual entre la chaqueta y yo es que la chaqueta de samurai tiene unos reflejos grises que son igualitos a las huellas de gato en la mampara de la ducha empañada que durante unos segundos se exhiben con las uñas desfundadas y como pasadas por la manicura de gatos de un poco más bajo en la misma calle. “No hace falta que me la pruebe”, me dije, “sé de antemano que es perfecta para mí. Ya no me hará falta poner el despertador a las 7.55 todos los días para decidir mi vestimenta. . Ahí estará la chaqueta de samurai, esta rara prenda de color de llama plateada siempre disponible en su colgador”.

Encargo tontamente avergonzado otras tres, todas iguales y de la misma talla cuya adecuación no he verificado y, cuando esta acompañante ocasional sale del probador juguetona preguntando, sin el

menor recato, que qué tal le sienta el modelo de fiesta que sabe podrá hacerme pagar, siento como un calor que no he sentido desde que pasó lo que pasó y le digo sin pensar: “mais très bien mon chat”.